

Melancolía, de Aster

Estimados Reyes Magos:

Esta fría noche me encuentro admirando las luces de invierno desde mi ventana. Tengo que admitir que hasta yo mismo me hallo desconcertado mientras os escribo estas letras, pues hacía muchos años que no conversaba con vosotros. Concretamente, desde que encontré bajo el árbol aquella figura de Han Solo, allá por los 80. Podéis estar tranquilos, el piloto del Halcón Milenario aún descansa en algún rincón de mi desván.

Últimamente, una frase ronda por mi cabeza. “Prefiero las nubes místicas de la nostalgia antes que lo real” -no sé si conocéis a Robert Wyatt pero si no es así, os lo recomiendo-. He estado reflexionando y hace un rato, cuando espolvoreaba azúcar en el café, me he dado cuenta de que vagar por el océano de los recuerdos es lo que causa que mi corazón vuelva a latir como cuando le di la bienvenida a mi querido Han Solo. ¿Cuál es el sentido de crecer si por el camino dejamos atrás la ilusión? Ignoro si sus Majestades sufren tales dilemas.

Cuando las arrugas empiezan a surcar mi piel y mi pelo comienza a tornarse del color de la nieve, lo justo sería que el brillo de nuestros ojos no desapareciese con el pasar de los años. Si me permitís la honestidad, mi brillo se apagó hace tanto que ni me acuerdo.

Mis nubes de nostalgia están colmadas de memorias y de sensaciones, por eso disfruto perdiéndome en ese mar de nimbos, para poder ser otra vez ese niño rodeado de su familia que juega con sus regalos bajo la estrella del árbol de Navidad.

Vosotros nos acompañáis en el camino hasta que aprendemos a volar solos y ya no necesitamos historias de fantasía porque debemos chocar con la realidad de la vida adulta. Y soy consciente de que es necesario crecer y aprender, ¿pero cómo se consigue mantener la ilusión de la infancia?

Quizás le he quitado el polvo a mi vieja máquina de escribir y me he puesto a redactar esta carta porque me reconforta pensar en el pasado.

También me reconforta la certeza de que siempre viajaréis desde Oriente hasta todos los rincones del mundo para fortalecer la esperanza y los anhelos de los más pequeños.

Debo confesar que a día de hoy, los que se hacen llamar mis hijos ya no son más que unos desconocidos pues el devenir de la vida a veces trae consigo sorpresas muy desagradables. Mi memoria ya no es lo que era, por lo que los pocos momentos de lucidez de los que disfruto los aprovecho para deleitarme con las delicias de un pasado en el que podía vivir sin miedo a olvidarme de mi propio nombre al día siguiente.

Sé que hace ya décadas que soy demasiado viejo para sentarme en las rodillas de Melchor, pero permitidme formularos una petición para el próximo seis de enero. Solo deseo que me honréis con vuestra presencia en mi casa y que, como viejos amigos, compartamos un vaso de leche y unos dulces mientras charlamos sobre tiempos pasados. Soy consciente de que vivir anclado en el ayer nos distrae de lo bueno que puede traer el hoy. Sin embargo sé que vosotros, Reyes Magos, sois los únicos capaces de evocar a la chispa que tuve en otros tiempos.

Un cálido abrazo de un anciano con el corazón de un niño,

A 31 de diciembre de 2022.